



Martín Pérez Acevedo (Coord.), *La presencia de extranjeros en Michoacán. Aportaciones y consideraciones económicas y sociales*, México, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, 2021, 368 p.

Gladys Lizama Silva*

Texto muy iluminador relativo a la presencia y acción de extranjeros en varios espacios michoacanos y múltiples aspectos de la vida económica y social que van más allá de sólo las actividades económicas de fines del siglo XIX y primera mitad del XX. Son diez trabajos, precedidos de una introducción escrita por el coordinador del libro, que tienen la virtud de historiar la evolución de algunas empresas familiares y empresarios, haciendas, espacios arquitectónicos, mujeres y primeras exhibiciones cinematográficas que, en cierta medida, han otorgado un sello al actual Estado de Michoacán. Todos son estudios de caso, regionales y algunos podrían calificarse como microhistóricos en la significación gonzaleana, elaborados con base en fuentes documentales originales.

Antes de presentar los diez capítulos es primordial observar los tópicos y ejes que cruzan el libro: la existencia de cadenas migratorias para el mejor asentamiento de extranjeros en tierras michoacanas; la entrada como dependiente en los establecimientos comerciales de los familiares que los recibieron; se advierte la presencia de grupos familiares donde la sucesión ordenada entre una generación y otra fue crucial para la mantención de los grupos familiares en la cúspide de los negocios; la importancia de las redes familiares que se extendían por diversas rutas a las de negocios, ejemplos: los Bermejillo con los Braniff, Máximo Diez Herrero con otros accionistas extranjeros; el ferrocarril como en casi todos los espacios urbanos y

* Universidad de Guadalajara, México, correo electrónico: gladylsil@gmail.com, ORCID: <https://orcid.org/0000-0003-4409-3416>

rurales favoreció el tráfico de mercancías, por ende, también los comercializados por los extranjeros estudiados en este texto, pero así también lo obstruyó en las coyunturas revolucionarias; los extranjeros fueron minorías privilegiadas, que ejercieron una acción transformadora y participaron en decisiones de políticas públicas; el éxito de los negocios radicó también en la creación de instituciones de crédito estatales: Banco Mercantil de Michoacán, S.A., Banco General de Michoacán, S.S. y la General Hipotecaria, S.A. a los cuales casi todos los extranjeros se vincularon; todos los sujetos varones estudiados se rodearon de personalidades respetables de la política y la economía; finalmente el concepto empresario que se advierte en todos los estudios es posible rastrearlo en el libro de Werner Sombart, *El burgués* (Alianza, Madrid, 1986), publicado por primera vez en 1913 y que puede resumirse así: no hay un solo tipo de empresario pero todos se caracterizan por el espíritu conquistador, descubridor, triunfador, eficaz en la reproducción de capital en espiral con “una clara visión de las coyunturas favorables [y] habilidad para firmar contratos con sus proveedores, clientes y obreros” (Sombart, p. 178), continua Sombart, que la aspiración del “sujeto económico” es la mayor ganancia posible y la prosperidad en el negocio, difícilmente dirá basta a la ampliación de los negocios y, finalmente, nunca está demás el ser seductor y convincente en lo que hace y, para botón de muestra tenemos en este libro el caso del empresario John W. de Kay, estudiado por José N. Guzmán.

A continuación, proporcionaré una síntesis de cada capítulo, destacando sus aportes y comentarios sobre algunos aspectos importantes en las historias narradas en el libro.

Los negocios de la agroindustria azucarera de Tacámbaro, Michoacán, de dos generaciones de vascos, son presentados por Tayra González Orea. En este capítulo sigue la pista a las inversiones de Pío Bermejillo en la compra de la hacienda Pedernales ubicada en Tacámbaro, Mich. La nota distintiva que enfatiza la autora es la liquidez permanente de la familia Bermejillo originada en la diversidad de la canasta de inversiones de este empresario que, desde muy temprano acumuló capital en el comercio nacional e internacional. Los excelentes y sanos activos financieros hicieron la diferencia en el negocio azucarero de los Bermejillo: ellos mismos financiaron su proceso de modernización comprando la maquinaria para un mejor proceso productivo del azúcar, nunca dependieron de préstamos para ello, al contrario, fueron connotados prestamistas de la época. El resultado: hicieron de Pernalles la segunda mayor hacienda productora de azúcar de Michoacán.

Isidro Rodríguez M. cuenta que Miguel Olace llegó a Veracruz en 1842 con solo 16 años. Recorre el camino prototipo del migrante español, a saber, desempeñarse como dependiente en una casa de comercio de ciudad de México propiedad de otro español ya establecido, hace dinero, se independiza, pone su propio negocio constituyendo una sociedad mercantil. Luego, en 1860, buscando nuevos negocios se va a la Tierra Caliente michoacana e instala su giro mercantil en el mineral del Espíritu Santo. Le va bien. Incentivo que hizo posible que repitiera

el mismo proceso para introducir en los negocios a familiares directos que trajo desde la región del Baztán, España y que formaría con ellos un grupo comercial familiar, con montos de capital modestos o ligeramente medianos, si se comparan con los de grandes empresarios de la capital contemporáneos a él. Se dedicó al comercio de abarrotes, productos ultramarinos y todo tipo de mercancías de primera necesidad. Como es casi predecible a partir de 1880 empezó la expansión de su giro mercantil al pueblo de Tiquicheo, a estrechar lazos con los comerciantes de ciudad de México. Ahí no paró, compró tierras que servían sólo para la crianza de ganado, pues a eso amplió su afán, además, buscó y logró un matrimonio con una hija de otro español de capital considerable de Huetamo, lo que por razones obvias fortaleció las redes mercantiles y de negocios a nivel regional. Sus sobrinos hicieron lo propio: contraer nupcias con mujeres que hicieron posible que el conglomerado familiar se fortaleciera y se transformara en un gran latifundista ganadero de la Tierra Caliente. Es importante reseñar que su negocio ganadero residía en la compra de ganado (terneros) destetado y la engorda en un plazo de dos a tres años para después sacarlos a la venta en el mercado, o sea, se ahorraba los costos de la reproducción y primera alimentación. No quedó allí, pues simultáneamente invirtió en el Real de Minas del Espíritu Santo (mina de Nuestra Señora del Carmen con cobre gris plata, plomo y blenda, mina San Miguel). En la canasta de negocios no podía faltar la compra-venta de bienes raíces urbanos en Huetamo que, como se sabe, fue y sigue siendo una de las inversiones de capital más segura y a salvo de grandes crisis económicas. Tampoco escapó de sus negocios la agroindustria, en este caso, la extracción y comercialización de aceite de ajonjolí. Hacia 1890 también incursionó en el comercio en Guanajuato. Finalmente, su retiro de los negocios acaece en 1894, lo que no significó la caída del grupo familiar, pues sus sobrinos los continuaron y extendieron hasta Morelia.

La presencia de franceses en Uruapan, dice Alejandra Ceja, fue discreta y poco numerosa, pero no por ello se puede ignorar. No pasan de la veintena que combinó su residencia entre México, Morelia y Uruapan y quizá una decena dedicó parte de su vida a los negocios en esta última, que posee la virtud de ser el enlace entre la Tierra Caliente y Morelia. Como en casi todas las ciudades estos franceses tuvieron como principal actividad el comercio primero en tiendas de cajones y luego con la creación de importantes casas comerciales. Esta actividad hizo posible también que los más ricos fueran notables prestamistas y como buenos herederos de artesanos fundaron una fábrica textil, La Providencia, que operó con buena maquinaria textil y una centena de obreros con jornadas laborales extenuantes de dieciséis horas. De todos ellos el autor narra el itinerario en los negocios uruapenses de Joseph Jaubert y Joaquín Macouzet y de las redes comerciales que tejieron en la ciudad, además, de la participación de éste último en la dirección de la fábrica textil La Providencia. Al igual que otros extranjeros dedicados al comercio operaron siempre asociados y organizados en sociedades mercantiles simples pero muy lucrativas.

John Wesley de Kay, el empresario *dandy* –en la significación inglesa- norteamericano que operó en Uruapan y México el negocio de la carne, a comienzos del siglo XX, es el sujeto de estudio de José N. Guzmán Ávila. Pienso que es el que más se parece al modelo de nuevo empresario propuesto por W. Sombart, porque cubrió un abanico de actividades que incluyeron negocios legales y otros no tanto y, por si fuera poco, también fue escritor y dramaturgo notable. El trabajo de este autor escapa un poco a los tópicos del resto de los capítulos de este libro, en gran medida porque estamos ante una biografía empresarial de un norteamericano que realizó inversiones en otros espacios a nivel internacional y, sobre todo, fue un gestor financiero que logró que inversionistas ingleses y norteamericanos, colocaron fuertes sumas de capital para echar andar una empresa empacadora de carne congelada en Uruapan, destinada al mercado nacional pero también del extranjero. Como sabrá el lector esta actividad precisó la construcción de grandes establecimientos refrigerados, de instalaciones para recibir el ganado en pie, equipamiento para la matanza y faena del ganado bovino y porcino, infraestructura eléctrica y de agua, o sea, toda una cadena productiva que requería, como dije, millones de dólares o de libras esterlinas. Los consiguió. La empacadora The Mexican National Packing Company luego denominada Compañía Empacadora Nacional Mexicana, comenzó a funcionar y producir en enero de 1908. John Wesley de Kay, evidentemente, hizo cabeza en este gran emporio de la carne como gerente, director general o como se haya denominado al encargado de las labores de dirección de esta gran empresa que bien podría ser una subsidiaria de otra multinacional. Fue un éxito, pero la crisis internacional de 1908 y la revolución de 1910 provocaron el pronto fracaso, situación que trató de salvar De Kay pero que finalmente no logró. Eso no significó inactividad, por el contrario, en pleno proceso revolucionario este empresario ya en el exterior, gestionó la compra de armamento en Europa para Victoriano Huerta que, como es sabido, fue una acción lindante en lo ilegal que finalmente resultó también en fracaso. Finalmente, cuenta Guzmán Ávila, este personaje, simultáneamente a las actividades económicas, desarrolló y explotó su talento literario, escribiendo numerosas obras literarias, históricas y de teatro. En suma, un personaje de novela si se agrega la historia familiar y de espía en Europa.

Si de por sí Morelia destaca por su arquitectura colonial, la que le siguió en el siglo XIX no desmereció. Gabriela Servín, siguió la huella arquitectónica plasmada en edificios públicos y privados por varios arquitectos extranjeros, construidas a fines del siglo XIX y comienzos del XX. El hermosamiento urbano y construcción de nuevos edificios forma parte del gran proceso de modernización que se buscó y logró en diversas ciudades del país en las últimas décadas del porfiriato y después de los álgidos años revolucionarios. Los aquí estudiados son Guillermo Wodon de Sorinne, Adolfo André de Tremontels, Gustavo Roth, Adrián Giombini Montanari, Pablo Reygondaud de Villebardet y a agencia constructora Busso y Cottin. Algunos contribuyeron al hermosteamiento y otros al saneamiento de la ciudad. No solo introdujeron

nuevos diseños, sino también nuevos materiales y técnicas de construcción (hierro y vidrio), tanto en esplendorosas casas habitación como espacios públicos tales como: mercados públicos, portales, hoteles, algunos colegios privados, pedestales de monumentos, instalaciones para reparto del agua (entubamiento y filtración), “todo ello bajo la concepción de variadas corrientes estilísticas, como el neogótico, el neorrománico, el ecléctico y el art nouveau o modernismo” (p. 188). Por último, la autora destaca que si bien es cierto fueron pocos los arquitectos e ingenieros extranjeros de esa etapa, no obstante, dejaron un notable patrimonio arquitectónico que embelleció aún más a Morelia.

Tania Ruiz narra que, dos años después de la primera exhibición del cinematógrafo en ciudad de México en 1896, se realizaron las primeras “vistas” de cine en el teatro Ocampo, a cargo del empresario trashumante Charles Mongrand, francés de nacimiento que dedicó buena parte de su vida a llevar y difundir este gran invento francés a diversas ciudades del centro y norte del país, esta nueva y atractiva entretenimiento masiva que igual podía fascinar a sectores pudiente y populares. Entre 1896 y 1906, este francés se convirtió en un asiduo visitante de Morelia, por ende, también la disponibilidad de exhibir nuevas “vistas”, además de filmar con sus propios aparatos algunas imágenes de la ciudad. Sin embargo, no fue sólo él, por esos años grupos de franceses residentes en la ciudad también organizaron funciones en lo que llamaron Salón París, que no era otra cosa sino un patio de una casa habilitado para esta diversión. En agosto de 1908 fueron los hermanos Alva (Salvador, Guillermo, Eduardo y Carlos), morelianos de pura cepa quienes impulsaron la filmación y exhibición de vistas con la construcción de un espacio dedicado exclusivamente al cinematógrafo como diversión y entretenimiento, a saber, el Teatro Salón Morelos que si bien es cierto tuvo una vida corta (1908-1914) fue fundamental en la difusión de este nuevo arte de masas. Dichos hermanos emigraron a ciudad de México, en la capital se asociaron con la empresa francesa Aveline & Delalande, constituyéndose a la vez en los representantes de varias firmas entre ellas Pathé, donde se convirtieron en grandes documentalistas de la historia del país: final de Porfirio Díaz, el ascenso de Francisco I. Madero, el huertismo y todo el proceso revolucionario que siguió. Luego, clausurado el Teatro Salón Morelos, las exhibiciones de las vistas continuaron en el Teatro Ocampo, porque el primero nunca fue reabierto a pesar de las reclamaciones realizadas por la firma francesa, lo que ocasionó finalmente la disolución, en 1915, de la sociedad entre los hermanos Alva y Aveline & Delalande.

La trayectoria y estrategia de Dante Cusi, cabeza del grupo familiar que dominó por varias décadas los grandes emporios agrícolas de la Tierra Caliente michoacana, Lombardía y Nueva Italia, es el objetivo de estudio de Homero Moraila M. durante la revolución -1910-1917-, en Michoacán. El autor muestra una vez más que las investigaciones históricas regionales contribuyen a dejar en claro que los procesos vistos con el ojo y la pluma de los locales, brinda un conocimiento más acabado que las historias desde la perspectiva nacional. Lo más notable

es cómo testimonia que el proceso armado no destruyó la producción agrícola de Lombardía y Nueva Italia, si acaso, le dio algunos raspones. Dante Cusi dio muestras del ingenio empresarial para sortear la unidad de las propiedades, creando nuevas sociedades anónimas que descentralizaban las mismas, pero que en el fondo continuaron como empresas familiares y, no solo eso, logró renegociar la deuda que tenía con la Caja de Préstamos para Obras de Irrigación y Fomento de la Agricultura, además que dicha institución volviera a prestarle dinero. Por si fuera poco, diversificó su canasta de negocios al ser designado presidente del Consejo de Administración de la Compañía de Luz y Fuerza Eléctrica de Campeche, S. A. Faltaba para el reparto agrario cardenista: pero esa es otra historia que rebasa los límites del capítulo que reseño.

Máximo Diez Herrero, empresario español santanderino de la segunda mitad del siglo XX, fue el sujeto de estudio del capítulo escrito por Abel Padilla. Lo primero que llama la atención de este trabajo es la conceptualización teórica en el tratamiento de la trayectoria empresarial de este español que llegó en 1919 a Morelia y cuya actividad hizo de él, si no, uno de los más grandes empresarios del país, si de Michoacán que “operó durante la época de la segunda industrialización” que experimentó México de 1940 en adelante. Los conceptos clave son: tejido productivo, encadenamientos productivos, eslabonamientos productivos hacia atrás y hacia adelante y redes económicas. Sin duda el autor los utiliza muy bien para explicar la trayectoria de este empresario primero, en la producción de harina y de aceites comestibles y luego en la industria química de ácido sulfúrico, sulfato de amonio y bisulfuro de carbono, todos insumos básicos para otras industrias como: plaguicidas, fibras de celulosa, acero, textiles, detergentes, refinerías de petróleo y fertilizantes; el ejemplo más claro fue el encadenamiento de las plantas productivas de Zacapu Industrias Químicas de México, S. A. y Viscosa Mexicana, S.A. que, luego se transformaría en Celanese Mexicana. Los eslabonamientos productivos más sencillos ya los había realizado con la comercialización de semillas y producción de aceite o harina y sus derivados. Desde la óptica de las redes Máximo Diez Herrero fue un hábil constructor de ellas, las económicas como accionista de dos o más empresas de los ramos mencionados o, integrante de los consejos de administración en las sociedades anónimas en las que participó. Asociación con otros empresarios extranjeros de distinto origen al español. Nexos sólidos con los bancos regionales. Vínculos con empresarios del sector en Estados Unidos tanto en el aprendizaje como en la asociación con ellos. Ligas con el poder político logrando con ello un trato preferencial y todo tipo de facilidades de parte de los gobiernos nacional y estatal para la importación de maquinaria. La fusión de Viscosa Mexicana, Celulosa Nacional S.A. Claracel S.A. y Celanese Mexicana S.A. evidencia la visión empresarial de Máximo Diez Herrero en los encadenamientos productivos. Finalmente, no estaría demás agregar que el autor es certero en mostrar que todo este éxito industrial de las empresas en las que participó el personaje se desarrolló en un ámbito de políticas públicas incentivadoras de la sustitución

de importaciones, creación de un robusto mercado interno y protección de la industria nacional.

Es importante notar que el libro proporciona un capítulo con perfil de género. Lisette Rivera historia mujeres libanesas que llegaron a Michoacán entre 1905 y 1935, con base en “las tarjetas migratorias de identidad localizadas en el Fondo Departamento de Migración del Archivo General de la Nación”. No eran muchas pero suficientes para observar que si fueron decisivas en los negocios que emprendieron maridos, padres, hermanos o familiares hombres directos; cuenta la autora que mantuvieron la unidad familiar y étnica y jugaron el papel tradicional de una sociedad patriarcal católica de la que venían y a la que llegaron: las tareas del hogar, la reproducción de la familia y la formación de los hijos e hijas. Los lugares que habitaron con sus familias fueron preeminentemente Zitácuaro, Morelia y La Piedad.

El último capítulo es un balance que Martín Pérez A. realiza de la inmigración de extranjeros a Michoacán entre 1900 y 1950. Con base en algunas fuentes como el Registro Nacional de Extranjeros, los censos nacionales y municipales, el autor reconstruye “las eventualidades” que impulsaron o frenaron la llegada y permanencia de extranjeros en Michoacán. Puntualiza varios rasgos importantes: uno, el predominio de europeos occidentales hasta 1920, de ahí en adelante encontró que los más numerosos provinieron de Estados Unidos y Guatemala. Dos, a su vez, aunque en menor proporción, el arribo de una gama amplia de personas de nacionalidades diversas como sirio-libaneses, turcos, israelíes, chinos, lituanos. Tres, los sucesos armados de 1910 a 1917 provocaron un descenso de la entrada de extranjeros. Cuatro, la primera y segunda guerras mundiales también complicaron la salida de migrantes europeos, por ende, la entrada a Michoacán, sin embargo, a pesar de estos factores el número de estos creció de 86 en 1900 a 1556 en 1950. Cinco, la cifra de extranjeros fue pequeña, no obstante, agregaría yo que el libro muestra que importantísima para el desarrollo económico de algunas regiones de Michoacán y arquitectónico de Morelia. Seis, la migración de la primera mitad del siglo XX fue prioritariamente familiar y muy pocos hombres solo. Siete, los extranjeros residentes durante el proceso revolucionario de 1910, sortearon con habilidad la situación de peligro en sus negocios. Ocho, sus actividades económicas continuaron centrándose en el comercio “y sus variantes”, pero añadieron los servicios, la agroindustria de la harina y el aceite. Nueve, no lo dice Pérez Acevedo, pero si el trabajo de Abel Padilla: crecimiento y desarrollo de la industria química y de fertilizantes. Diez, fue significativa la llegada de los niños refugiados españoles a Morelia gestionada por el presidente Lázaro Cárdenas, aunque luego hayan salido del estado y once, la mención de la integración y naturalización de los extranjeros en Michoacán como un problema de investigación histórica pendiente.